

¡Cállate, dragón malvado! No quiero tener más hijos contigo

V6

Capítulo 46: ¿¿Qué demonios?! ¿Estos enanos?!

—Años atrás, Leon y su esposa se habían aventurado al lejano norte.

Aquel viaje tenía como objetivo buscar las ruinas del rey dragón primigenio, Noah, y proteger el poder que ella había dejado atrás, para que no fuera robado por el Viejo Kang, quien acababa de ganar su tercer combate de resurrección.

Leon recordaba que la última vez, el dragón Leviatán había volado durante siete días completos.



Pero esta vez, solo se dirigían a los campos nevados en la frontera del lejano norte, sin adentrarse en el interior. Así, la pareja, junto con su burro, llegó poco más de dos días después de partir.

Cuando el dragón plateado plegó sus alas y se lanzó en picado para aterrizar, la nieve se arremolinó a ambos lados como olas.

El burro, impulsado por la inercia, salió volando, pasando de una voltereta a una bola de nieve en apenas unos segundos, para finalmente caer de cabeza en la nieve, con solo sus patas traseras colgando fuera.

Leon corrió rápidamente, agarró las patas traseras del burro y lo sacó del ventisquero.

El burro sacudió las orejas y la cabeza, quitándose la nieve que se le había pegado al pelaje.

—Insististe en venir —dijo Leon, apartando los carámbanos congelados de la crin del burro—. No confundas su bodega con un granero cuando veas a los enanos.

Las orejas del burro se movieron incómodamente, y resopló un aliento helado.

Losweiser plegó sus alas de dragón y volvió a su forma humana.

Llevaba la gruesa capa que Claudia le había preparado, sobre la cual lucía un lujoso abrigo de algodón plateado. Losweiser ya era alta y esbelta, así que el abrigo la mantenía caliente sin hacerla parecer voluminosa o torpe.

Además, Claudia le había añadido unas orejeras con forma de garra de dragón, diciendo que le protegerían las orejas de la congelación.

Losweiser sospechaba firmemente que Leon le había pedido en secreto a Claudia que se las preparara.



Después de todo, solo a ese bribón se le ocurriría algo tan adorable y fuera de lugar con su distante porte regio.

—Según el mapa que nos dio Claudia, llegaremos al territorio enano un poco más adelante —dijo Losweiser—. Vamos.

Leon tomó la guía del burro y asintió.

—De acuerdo. —Hizo una pausa, su mirada se posó en los pendientes de garras de dragón de Losweiser, luego sonrió y la halagó—:

—Te ves tan linda con estos, cariño.

Al oír esto, Losweiser puso los ojos en blanco para sus adentros.

Tenía razón, fue ese sinvergüenza quien los consiguió en secreto.

—“Lindo” es un término despectivo para los dragones, te lo he estado diciendo durante casi diez años.

—“Pero es simplemente lindo, no se me ocurre un adjetivo comparable.”

—“Idiota.”

—¡Mi esposa es tan linda!

—Hmph, deja de fingir, seguro que la anciana Claudia me preparó esto, ¿verdad?

—Eh... ¿Me han... descubierto?

—Infantil. —La Reina movió la cola, se cruzó de brazos y avanzó a grandes zancadas.

—¡Oye, esposa, espérame! —Leon, guiando a su burro, la siguió rápidamente.



—¿No te gusta? —preguntó Leon.

—No me gusta.

—Entonces, ¿por qué no te lo quitas?

—Yo... —Rossweisse hizo una pausa, mirándolo con impaciencia, y luego aceleró el paso—. Es que me da miedo que se me congelen las orejas.

—Oye, esposa, tienes la boca más dura que el hielo de aquí.

—¡Métete en tus asuntos!

La frontera del extremo norte no era particularmente inhóspita; la nieve se extendía hasta donde alcanzaba la vista, pero no había viento helado ni granizo.

La pareja, guiando a su burro, avanzaba penosamente por la espesa nieve hacia el territorio enano.

...Media hora después, llegaron a las cercanías del territorio enano.

Los iglús destartalados y los cadáveres de peligrosas criaturas cazadas indicaban que allí vivía una tribu.

La pareja intercambió una mirada, asintió levemente y continuó su camino.

Sin embargo, esta vez, tras solo unos pasos, Leon se detuvo de repente.

Bajó la mirada con expresión grave.

—¿Qué ocurre? —preguntó Rossweisse.

Leon frunció el ceño y bajó la voz—. Hay movimiento.

—¿Eh? ¿Qué movimiento...? —Antes de que Rossweisse pudiera terminar de hablar, una afilada hoja surgió de la nieve bajo sus pies.



Leon, ya en guardia, avanzó de inmediato para detener a Rosseweisse.

Pero la velocidad de reacción de los Dragones Plateados era legendaria. En el instante en que la hoja atravesó la nieve, Rossweisse la esquivó.

La hoja brilló con una luz gélida, cortando varios mechones del cabello de Rossweisse, elevándose por los aires, perdiendo finalmente impulso y cayendo sobre la nieve.

Rossweisse ajustó lentamente su postura, hablando con frialdad:

—“Hace un día, los Dragones de las Cartas anunciaron nuestra inminente visita. Nos respondieron dándonos la bienvenida, pero ahora parece que... su forma de recibir a los invitados es bastante peculiar.”

Visitar a una raza extranjera debería hacerse mediante notificación previa por carta, recibiendo una respuesta de antemano; no hay ningún problema con eso.

Antes incluso de llegar, fueron recibidos con una flecha helada, lo que la enfureció profundamente.

Losweiser abrió la palma de la mano, en la que el fuego de dragón centelleaba y danzaba.

Con un grito bajo, se inclinó y clavó el fuego de dragón en la nieve.

Al instante, una onda de fuego se extendió desde ella, derritiendo la nieve circundante y revelando la tierra.

Las flechas frías y las trampas ocultas en la nieve también fueron completamente destruidas por este ataque.

Su esposa casi había resultado herida, y Leon, naturalmente, estaba disgustado.



Dio un paso al frente, concentrando magia de relámpagos en su mano derecha, con la intención de demostrar a los enanos una pequeña muestra de su poder para aniquilar dragones.

Pero justo cuando el general Leon estaba a punto de mostrarles su poder, varias figuras negras enormes aparecieron corriendo desde la distancia.

—¿Son ustedes el Rey Dragón Plateado y el Príncipe? —gritó el líder.

Al oír esto, Leon se giró e intercambió una mirada con Losweiser; ambos asintieron casi imperceptiblemente.

Leon retiró su magia de relámpagos, esperando en silencio a que el grupo se acercara y preguntara sobre la situación.

Pero al examinarlos más de cerca, Leon se sorprendió un poco.

Estos individuos eran todos “pequeños gigantes”, el más bajo de ellos de al menos dos metros de altura.

Si bien su apariencia se asemejaba a la de los humanos, sus extremidades eran notablemente más gruesas y sus rasgos faciales eran ligeramente más “salvajes”.

—Lo siento mucho. Nuestra tribu ha sido acosada últimamente por dos forasteros desconocidos, así que las defensas de la entrada han permanecido abiertas, lo que casi provocó tu lesión accidental. Esperamos que lo entiendas —dijo cortésmente el líder, el “pequeño gigante”.

Leon lo miró. —¿Ustedes son... enanos?

—En efecto.

—¿Llaman enano a cualquier humanoide de dos o tres metros de altura? —¿Qué demonios, eres bajito?!

¡Si no hubieras dicho nada, casi los habría confundido con criaturas peligrosas y les habría disparado a todos!

—Es solo un nombre, no significa nada.

El otro explicó—: Es como un pastel de esposa sin esposa.

—...Qué analogía tan acertada.

Aunque todos los presentes parecían bastante extraños, era muy fácil hablar con ellos.

Además, ya les habían explicado lo de la trampa de flechas frías, así que Leon y Rossweasse no se molestaron en seguir discutiendo.

Por otro lado, habían venido a pedir ayuda a los enanos para reparar la Espada Nube de Trueno, y sería una lástima provocar un conflicto por algo así.

—Siganme a la tribu para hablar del asunto.

—De acuerdo, por favor, guíenme.



Estos enanos no eran tan excéntricos ni tan educados como se rumoreaba; de hecho, eran bastante educados.

Leon, intrigado, se acercó a Rosweasse y le susurró:

—¿No te parecen bastante fáciles de tratar? No son tan extraños como los describió la anciana Claudia.

Rosweasse, sin embargo, se mantuvo cauto.

—Observemos un poco más. Al fin y al cabo, son una raza antigua; los rumores sobre ellos no pueden ser del todo infundados.

—De acuerdo, entendido —asintió Leon.

Traducido por:

ᑕᐱᑯᑦ - RexScan

